



---

## DE LA SYRINGA BURLESCA AL HOMBRE TORTURADO

Arturo Zamudio Barrios(Argentina) <sup>1</sup>

---

a Fina Warshaver, nítida en el recuerdo...

Quizás no hubiese grandes posibilidades de risa en días anteriores al siglo XX. Los cuentos de Alberdi, en *La Moda*, bastante afines a los del maestro Larra, las *causseries* de Lucio Mansilla o su filosa ironía de “Los Siete Platos de Arroz con Leche”, equivalen a toda la carcajada de una “Civilización a la Inglesa” que arroja por la borda los sueños del pasado. Apenas si un puñado de inmigrantes que huyen del “progromo” y el “paro”, halla destino entre “ganaderos en período terciario”, según la calificación de Arriola, cuya creatividad no pasaba de echar los dineros de la pampa a los pies del *vaudeville*.

*No cabe ignorar, ciertamente, lo dura de digerir que era la realidad americana al no poder refugiarse, como en el Norte, entre fantasmas y boberías novedosas para el lector europeo. Y sabemos, además, que la desdicha se agranda frente a la dicha de los demás; de modo que los “habitantes del Arrabal” más pobres habrán de verse cuanto más rico se muestre el vivir de los otros.*

Mientras en estas tierras se subsiste, o miserablemente o entre lujos asiáticos gracias a la reproducción automática del ganado, la *belle epoque* reluce con sus inventos, su *spleen*, su espumante *savoir vivre*. Así que, cuando el rioplatense está en casa y a salvo

---

<sup>1</sup> Historiador, ensayista y poeta de larga trayectoria. También ha sido maestro, periodista y editor. Como poeta ha publicado: *Poemas*, en Antología Hispanoamericana, Fondo Editor Bonaerense, La Plata, 1980 y ha escrito además los siguientes libros de ensayos: *Tres Aproximaciones a Gerardo Pisarello*, ediciones del IV Centenario, Corrientes, 1988 (Primer Premio Ensayo en el Concurso del IV Centenario de la Ciudad de Corrientes); *Las Prisiones de Héctor P. Agosti*, 2 tomos, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992; *En Torno al Nuevo Renacimiento*”, ed. El Mariscal, Corrientes, 1998; *La Crisis de las Naciones*”, Moglia editor, Corrientes, 2000 (versión corregida y aumentada: 2002); *Actualidad del Pasado*, Moglia editor, Corrientes, 2001; *El Ciclón y sus Brújulas*, Moglia editor, Corrientes, 2003; y *Cristianos y Marxistas en el Contrafuego*, Moglia editor, Corrientes, 2008. Además ha publicado numerosos artículos en *Cuadernos de Cultura* (Bs. As.), *Alba de América* (California), *Tercer Milenio* (Valencia), *Anales de la Junta de Historia* (Corrientes), *La Verdad sin Rodeos* (Corrientes) y *Tesis 11 Internacional*” (Bs. As.).

de gonorreas, ruina acelerada o desprecio hacia el rastacuero, encuentra el modo de burlarse de quienes nunca viajaron, acumulando rusticidad sobre su mortecina existencia. Asiste al Club “a la Inglesa”; busca entre los parroquianos su víctima e inventa el *titeo*, es decir, la guaranga befa de defectos y tosquedades. Los “tocados” por el entretenimiento, no del todo ingenioso, han de ser “los iguales” del burlador y, con frecuencia, el encuentro concluye en desafío, comprensible entre caballeros, aunque en este caso el duelo y la muerte median entre quienes no lo son, ni saben siquiera, melindrosos y opacos, cómo se la gastan los caballeros auténticos. Aquí, en la *República provinciana* todo es tan chato que hasta la muerte en lance semeja una *desgracia* en reyerta vulgar.

Esa tomada de pelo a ratos trágica, origina –nos cuenta David Viñas- el teatro de Laferrère, donde “la flaqueza humana –como siempre, rubrica también Martínez Cuitiño- brinda su fecundo material”<sup>2</sup>. Pues a alguien alguna vez le ha crecido la nariz y otro alguien ha de haber, constantemente, cuyos ojos, delirantes y legañosos, *aojen* u *ojeen*, esparciendo por doquier *yeta*. El *titeo* encuentra, así, palenque de donde atarse y, socarrón, Laferrère observa el derrumbe familiar, sólo que sin condena para quienes procuren disimular la pobreza agobiante. De ahí que su forma de *titeo* muestre cierta delicadeza de que se adolece en la intimidad de los clubes; se vuelve “espiritual”, podría añadir Marcelo Peyret, con algo de humano en el fondo, es decir, con algo de parecido a lo que ocurre en la lejana Europa. Pues “los verdaderos hombres” no residen en este punto del mapa y, con dejos melancólicos en el habla, César Duayen viaja a buscarlos entre los neblinosos jardines de Londres. En el Río de la Plata, a la sazón, sólo impera una corrosiva angustia metafísica que por momentos ahoga e impide pensar.

En la Buenos Aires de principios del XX se sale, por ende, mucho “a la noche”, sin rumbo fijo y con la cara oculta bajo el sombrero. Una anacrónica capa cubre los hombros... y no pocas veces el énfasis juvenil se vuelve bullicio en el Café fundado por León Desbanats, al que bautizarán para siempre Rubén Darío y García Velloso. ¿Por qué..? Porque aquel cafetín cuyo nombre era, en realidad, *Santos Dumont*, aseguraba al comensal, tuviese o no dinero, una ración de café con leche y medialunas. Inevitable para bohemios como ambos poetas, quienes se detienen, por eso, una noche ante sus puertas, y el nicaragüense prorrumpe: “Entremos Enrique..., que aquí estaremos en nuestro elemento... Este es el *Café de los Inmortales...*”<sup>3</sup> ¿Sabía Rubén que fundaba una tradición cuya revisión urge si queremos ubicar hoy a aquella “Ciudad Magna de la Cultura Americana”, como todavía alcanza a verla Juan Marinello, medio siglo después? Porque la mesa bohemia no alcanza a disimular la enorme carencia y Zum Felde, por la misma época, siente ya agudamente su desdén por “el arrabal del mundo”.

Aunque la hora bajo análisis en este remoto punto del planisferio, no se elucida con facilidad, obligándonos a mirarla de más cerca: a costa de la destrucción de gran parte del patrimonio heredado –o apropiado antes en perjuicio de otros: ¡piénsese en el regalo

<sup>2</sup> .- Vide: David Viñas: “Del apogeo de la Oligarquía a la crisis de la Ciudad Liberal: Laferrère”, páginas 72 á 94, *Jorge Álvarez*, Buenos Aires, 1965.

<sup>3</sup> .- José Antonio Saldías: “La Inolvidable Bohemia porteña”, páginas 40 á 43, *Freeland*, Buenos Aires, 1968.

a los ingleses de la tierra *índica*!- se había “fundado” una “nación” cuyo esplendor asombra a los más pobres del continente o a los desventurados que arrojó al fango el capitalismo europeo. Porque, aquel oropel había nacido de aliviar las complicaciones del Imperio británico, haciendo que el “pobre diablo” mendigue la sopa en el puerto de Buenos Aires, y deje libre al de Southamton. Lo que de todos modos había promovido un visible “crecimiento”: la Capital, sus zonas contiguas y la tierra saqueada al indígena, gracias al asiento de inmigrantes, habían obrado un cierto “milagro”, y “luces atenienses”, afirma Castelar, han comenzado a encenderse en la pampa más austral del planeta.

Explicable, entonces, que los núcleos intelectuales generados por tan singular “desarrollo”, crean a su tarea tan augusta como “salvar el alma en los templos”. “El Espíritu del Aire...”, dirá así el *arielismo*, recogido en el Barrio Latino o en las *Squares* londinenses, representa lo nuevo de esta tierra rústica, marginal, pero poseedora de la maleabilidad de no haber sido antes nada, y eso podría convertirnos con rapidez en lo que no somos. Pero, la tensión, el esfuerzo, la desesperanza de un trájín cuya inutilidad proviene de razones jamás vistas por *arielismo* alguno, conducirán también al “mal metafísico” de Gálvez y a la robusta carcajada de *Lomisse Terieux*.

*Mientras tanto, ¿qué ciudad es aquélla, azotada por tales fantasmas, cuyo nombre aparece, con frecuencia, en la agenda de los desdichados del mundo? La que el inmigrante vislumbra entre el cansancio y el miedo, será para él “una Argentina grande y generosa...”, sin ver que de ella, al revés de lo ocurrido en el norte del continente, regresan tantos como se quedan, y a veces más. Sin ver que la generosidad no es tan grande como para que aliene en cualquier parte del territorio. Para colmo, como el costo del pasaje es bajo y cuesta tanto viajar de Corrientes a la Capital Federal –o lo que alguna vez fuera Buenos Aires-, como de ella a La Coruña, uno puede conchabarse en zafra o esquila y volver a sus lares igual que las golondrinas. De ahí que tantos hayan levado anclas.*

Ahora bien, si la desdicha es grande las ilusiones cobran cuerpo fácilmente. Y Scholem Asch nos cuenta que, entre las mujeres “contratadas” por el tráfico en barrios polacos desgarrados por la discriminación y la miseria, suele creerse que el dinero brota de bajo aquellos adoquines que ostentosamente el municipio porteño ha comprado en Suiza. Los restos del destartado Imperio Turco –sirios, libaneses, armenios- hacen más fuerte la fábula, y un dudoso resplandor cubre a esa “Alejandría del “Nuevo Mundo”, *la ciudad más grande y práctica de América Latina*, como escribieran los modernistas

Pues, la “babélica” ciudad ha crecido en esos años: de los 600 mil habitantes de 1895, pasa a millón y medio en los días de la Gran Guerra. Un idioma empobrecido por la dura necesidad de “acriollarse” donde nunca se aplicaron, como en Chile, normativas de recuperación, dificulta enormemente la superación del cocoliche. Y el sainete, la plaza, los establos del Abasto salpican con sus diálogos las páginas de los diarios o el *tabloid* del debate, suspendiendo “al idioma de los argentinos”, para siempre, sobre un abismo sin historia. Nadie perdió tanto en Latinoamérica, sus vínculos con el pasado: nadie, como el hombre de la pampa, se siente tan huérfano e inseguro ante lo que ha llegado a ser.

Así haya que rescatar, por alentadoras, algunas convicciones: para el Mansilla de la *causserie*, Buenos Aires era “la mitad del mundo”, oponiéndose, de hecho, a las burlas de *Lomisse Terieux*. Entretanto, la rápida expansión urbana hacia el Sur y el Oeste, había traído consigo lo que ese tiempo empieza a mostrar. Hay ciertas áreas que visitó alguna vez Borges, donde se multiplicaban bibliotecas obreras y sindicatos combativos y bulliciosos en cuyas salas exponían plásticos de alma generosa, por el estilo de Facio Hébecquer, poseídos por un *pietismo* muy de fines del XIX. Mientras tanto, por el Oeste, el niño Barletta choca su pescante con *chácaras* coloniales cuya transformación en Ciudad Jardín se acelera cuando ya los relámpagos entenebrecen el cielo.

El propio *Lomisse Terieux* refleja los cambios desde un ángulo muy particular. No en vano Agosti, en su biografía de Ponce, constata, recordando la bohemia del *Aue-s Keller* y *La Brasileña*, no sólo el clima de los “años locos”, sino el perfil cultural en crecimiento veloz: publicaciones de todo tipo se hallan en librerías y quioscos, frente al estupor de “las casas decentes”, cuando la *Atenas del Plata* atrae por su calidad de vida y sus centros de discusión. En las letras, en el pensamiento y en la ciencia han aparecido exponentes de mérito; Juan Ramón Fernández, en trabajo publicado en *Biblos*, destaca el valor de las *Ediciones de la Cultura Argentina* –sostenidas a altísimo costo por José Ingenieros– en tanto Cansinos Assens confiere a Manuel Gálvez el cetro vacante por la desaparición de Benito Pérez Galdós. De ahí que Darío aspire a llegar a Buenos Aires, su segunda patria, consciente de lo que la ciudad podía brindarle<sup>4</sup>.

¿Cómo entender entonces el sangriento desdén en círculos cuyo talante parece, por momentos, el de la conspiración masónica? Es que hay un conflicto en aumento entre la “europeización” acelerada –para Ingenieros, el Nuevo Mundo reproducía las ideas del Viejo, tan automáticamente como el ganado reproducía el capital– y lo elemental del sitio de implante, traduciéndose en desenfado, agresividad y burla...La propia organización clandestina del burlador parodia las luchas del pasado, dándose a hostigar una cultura sin *élan*, como rubrica Agosti, aunque sin la hostilidad exasperada del modernismo norteamericano.

Por eso, al abandonar “Los Inmortales” o “La Brasileña” en la alta noche, los núcleos de burladores se reúnen en alguna parte para dar vida a la “súper secreta” *Sociedad de La Syringa*, elaborando durante sus sesiones un vasto plan de divertimentos. Y a este programa cuyo nombre: *Lomisse Terieux*, esconde un menú que va de interrumpir el sermón de un párroco, a participar del *meeting* socialista con galera y bastón, o alguna otra gestión más o menos ocasional... en medio de la hilaridad de sus promotores, constriñen ellos su labor. La Súper Secreta estaba, según las escasas referencias de que disponemos, gobernada por una *Pentarquía* que integraban, según Doello Jurado, Ingenieros, De Soussans, el propio Doello Jurado –rector que fue de la famosa *Fraternidad*, de Concepción del Uruguay, inmortalizada por *La Cumparsita*– Piquet y, esporádicamente, Lugones cuyo temperamento, más bien parco, no siempre se avenía a la broma.

---

<sup>4</sup>.- Rubén Darío III: “Rubén Darío y los Mercaderes del Templo”, opus. cit.

El *Lomisse Terieux* circulaba en las horas de la madrugada sobre reluciente papel, preparando la ofensiva del día siguiente. Y La Syringa busca –explica Jorge Enrique Martí- mostrar en acción a conspiradores “más dados a escuchar los sonos del instrumento simbólico que a internarse en los menesteres corrientes de la metrópoli burguesa...”<sup>5</sup> Mientras las novelas de Gálvez describen la mano dura que persigue y mata obreros en detrimento de la “generosa” oferta constitucional, el orden que la Syringa enfrenta, surge de la pluma de Castagnino: “el artista ambulaba - cuenta- como exiliado entre una sociedad burguesa insensible, mercantilizada, y una masa indígena relegada...”<sup>6</sup> Pese al extraño retintín que en la Argentina produce “lo de las masas indígenas”, la imagen de Castagnino explica el parentesco entre la burla syringuera y la ambición renovadora de los modernistas.

Extrayendo estas intimidades de la misteriosa *Syringa*, de una conversación entre Roberto Sokolovsky y Pedro Doello Jurado, imposible eludir el gesto nostálgico de su conclusión acerca de quienes la componían: eran *transgresores*, afirmará Sokolovsky. Ingenieros, *transgresor*...Doello Jurado, *transgresor*... ¿No es ¡por Dios! la transgresión, acto de valentía frente a un universo cuyos fundamentos se ignoran..? Ciertamente, mucho más heroico que la angustia metafísica o que el pedido de compasión a quienes medran con el orden de cosas (Gálvez, Carriego, Storni habrían de incurrir en ello). La transgresión es, al revés, como la célebre “noia” itálica –desazón, incomodidad, insatisfacción- cuyo apremio conduce a “un artículo de razón antes de formalizarse ésta, antes de su instrumentación”, como especificó alguna vez Gianni Toti, vale decir, el principio de una lucidez de otro tipo. Contiene, por ende, ingredientes que abren paso a una visión distinta y, por fuerza, mayor de la realidad sufrida.

La gesta syringuera de gran repique consistió, según las mentas, en la promoción del viaje al Plata de una celebridad mundial. Pues, por aquellos días las visitas llovían y la sociedad oficial se esmeraba en recibir a personajes como la Infanta Isabel, Jean Jaurés o Clemenceau, mientras en sus auditorios resonaba la voz de Teresita Zazá. La pertinente agitación en la prensa –De Soussans, Monteavaro y Piquet trabajaban en ella- habrían de preparar, esta vez, a lo más granado del *abolengo* para semejante acontecimiento. Y al llegar el día *D*, tras un embarque apresurado en Montevideo, descendía en la rada porteña ...un popular *Lomisse Terieux* cuyas carcajadas iban a retumbar del Plata a los Andes, subidas a los penachos de humo del Ferrocarril al Pacífico.

Hay, sin duda, equivalencias entre esta colosal burla y el retrato por Ingenieros de un mediocre personaje cuyos vínculos con el capital británico conducen a la Presidencia de

<sup>5</sup> .-Información suministrada a Roberto Sokolovsky, periodista que fue de *La Hora*, por Pedro Doello Jurado. Por su parte, Jorge Enrique Martí en “Ingenieros y Doello Jurado”, (¿1958?; sin poder compulsar sino el recorte, provisto por Sokolovsky, carecemos de la fecha exacta de publicación) da como miembros de la *Pentarquía* a Ingenieros, Doello Jurado, Monteavaro, Pardo y Ojeda... autor este último del “Himno a De Soussanz” con que iniciaba sus sesiones la súper secreta “Sociedad de la Syringa”

<sup>6</sup> .- Raúl H. Castagnino: “Imágenes Modernistas”, página 30, Nova, Buenos Aires, 1967.

la *República*. El syringuero mayor lo abofetea desde lejos, arrojado de sus cátedras por la sociedad que maltrató en sus burlas, cuando los tiempos bohemios se diluían. Y esta carcajada, “a la romana”, era tan sin prejuicios como la de un clásico, aunque hiriente en sus significados. El filósofo catalogará, por ello, al *hombre mediocre* con la causticidad con que Rabelais lo había convertido en fante.

Pero es interesante consignar que despunta en él un personaje sobre el cual se seguirá escribiendo, cada vez más desdeñosamente: Arturo Jaureche le llama *el medio pelo* y su responsabilidad en la frustración nacional se descuenta. Eso a pesar de que, allá lejos, mientras agita banderitas para evocar la patria lejana, la agitación interior del pensador trata poco a poco de volverse, como hubiese dicho Toti, “artículo de razón.”<sup>7</sup>

La famosa *Sociología Argentina*, primera muestra de aquella inquietud, resultará el producto en agraz de un hombre de ciencia a quien faltan elementos de juicio. Bagú observa que, cuando Ingenieros la escribe, escasa bibliografía sobre temas sociales había en el país. De manera que tampoco cabe esperar demasiado de aquella *noia* nacida en el exilio cuyos fundamentos, prosigue Agosti, tienen un sello marcadamente extranjero<sup>8</sup>.

Sin embargo, en el análisis que intenta al regresar, ya sin los afanes burlescos de la *Syringa* y apoyándose en los nuevos fervores infundidos por la Revolución Rusa, la imagen dramática de lo que vive intenta apropiarse de nuevos enfoques. Los hombres “mediocres” y pequeños, fastidian aún al autor de *Las Fuerzas Morales*, y cuando el Presidente Irigoyen le pida una entrevista a fin de escuchar su opinión sobre la crisis, se la denegará rotundamente. Algo en él se emparenta con el historiador Mantilla: ama la sociología mientras bucea en el pasado como forma de compensar tanta batalla perdida. Y aunque las de Mantilla se hubiesen librado en escenarios disímiles, como él el syringuero vuelca el afán de sus últimos años, ya con achaques de salud visibles, sobre lo que será su combate más enconado. De allí brota *La Evolución de las Ideas Argentinas* cuyas cuartillas se hallan sobre su escritorio al llegarle la muerte. Y pese a lo incompleto de la obra y a su alcance limitado, la hermosa prosa y el aliento caudaloso del libro darán la victoria final a alguien cuyos desplantes y risas habrán de ser, por mucho tiempo, aliento y estímulo en las luchas populares contra la opresión y el atraso.

## II

“También es juego el Arte...”, acotará Sánchez Riva, hombre de los años Veinte. Cuando Ingenieros escribía entre Laussane y Heidelberg, *El Hombre Mediocre*, cuya edición príncipe ve la luz en España, en 1913, mezclaba socarronería con enfado para fustigar a “esa personalidad adaptada...”, sobre la que se yergue –según él– la enteca vida del Río de la Plata, asignándole la frustración del país.

---

<sup>7</sup> .- Vide: Gianni Toti: “Digest dell’allienazione e della noia”, *Il Contemporaneo*, año VI, enero-febrero de 1968.

<sup>8</sup> .-Héctor P. Agosti: “Ingenieros, Ciudadano de la Juventud”, *Futuro*, Buenos Aires, 1946

Pero Ingenieros aguarda aún, a la manera de Giner de los Ríos, que “los seres superiores” sirvan de guía a la sociedad, y la conduzcan hacia alguna parte...<sup>9</sup> Por eso, en su saludo a las “fuerzas morales” que dan fuerza al pueblo ruso –estamos en el hervor de los días de Octubre- se ve obligado a reconocer –hombre de ciencia, al fin y al cabo- que ellas no marchan sobre los hombros de seres de excepción en quienes creía su juventud, sino sobre los de la vasta muchedumbre.

Pero no es el único indicio de que en los Veinte, la estrella del Centenario ha iniciado su declinación. Por eso, el humor que gana posiciones en la nueva década, pierde algo del antiguo espíritu de enmienda, volviéndose afiche y caricatura y un mucho de juego por el juego mismo, cuya máxima ilustración podrían ser los dibujos de Lino Palacio.

Ya el *martinfierrismo* –en pos de Unamuno y Lugones, los escritores del Veinte descubren el poema hernandiano- posee otro humor, diferente del de la *Syringa*, como que está siempre más cerca de la farsa que de la mofa de agitación. Sus miembros se sienten, por momentos, ajenos a todo orden y a cuanto les rodea, sobre todo porque la poquedad iberoamericana escuece mucho más.

*En resumen, la gente del Veinte demuestra su exasperación mediante piruetas: Lazcano Tegui, por ejemplo, celebra el Premio Poesía Futurista obtenido en Nápoles, encajando una quijotesca bacía de barbero sobre la cabeza de un pastor de chotos<sup>10</sup>. Macabramente, Macedonio Fernández irá a condolerse de la desgracia de unos amigos, y les expresará: “No podré asistir a la inhumación de sus restos, porque Ustedes ya habrán asistido al sepelio de los míos...”*

*Divertimento* acaso superficial al lado del que conmovió a *La Syringa*, pero capaz de enjugar aspectos que los modernistas sufrían con estridor romántico. Darío, como se sabe, le tenía terror a la muerte; Borges, en cambio, se ríe de ella... Naturalmente, hay una práctica histórica que avala su risa y la ciencia ha caminado grandemente en la lucha contra fantasmas cuya aparición, en un pasado no tan lejano, solía darse prematuramente.

Una larga lista de enfermedades, hasta ayer mortales, ha empezado a erradicar la práctica de salud. Y si no se piensa, en la década en que estamos, en la *terra mágica* que de la mañana a la noche se vuelva rutilante, tampoco se confía ya en que lo malo en derredor sea únicamente remediable por “el espíritu”. Maximio Victoria había mostrado no hacía mucho, la crisis de aquella visión decimonónica<sup>11</sup>.

Sobreviven, claro está, hilachas del Centenario en algún residuo esperanzado de la “tierra de promisión”. Pero ya la guerra empieza a exigir respuestas de otro tipo, ante el

<sup>9</sup> .- Francisco de los Ríos: “El Pensamiento Vivo de Giner”, opus. cit.

<sup>10</sup> .- Arturo Lagorio: “Ingenio y Humor de Lazcano Tegui”, en *Testigo*, No. 3, páginas 24 y 25, Buenos Aires, 1966, y en *Ibidem*, Ildelfonso Valdés: “Memorial de Martín Fierro”, o en la página 147 de opus cit., la referencia de Mastronardi sobre la condolencia de Macedonio Fernández.

<sup>11</sup> .-Maximio Victoria: “Repique sobre Educación”, *Revista de Filosofía*, Año II, No. VI, página 416, Buenos Aires, 1916.

descalabro comprensible de *la belle epoque*: la suspensión automática de importaciones en “nación” que importaba hasta los faroles domésticos, obliga a su presuroso reemplazo en el consumo interno. Y una cierta “industrialización” asoma para cambiar el rostro del país, esbozándose otro, más complejo, aunque más burdo, ante una inteligencia cuyo modelo sigue estando en Europa. Así que, si para Marcelo Peyret la estupidez burguesa solía refugiarse en los reductos provincianos, no pocos *martinfierristas* la hallarán en el “aluvión zoológico” de los nuevos trabajadores.

Por eso, la desmedrada figura de “una existencia nacional” venida a menos, desbaratada y pusilánime, aparece ya en la fecha, distantes sus escritores de la bohemia de ayer, para convertir la burla en herramienta del aislamiento orgulloso. ¿No cambia visiblemente de tono respecto del humor del Ochenta? De ahí que insistamos en el contrapunto: la *Syringa* abofeteaba con intención; el *martinfierrismo* simplemente se ríe...y escribe cuanta necrológica se le ocurra aunque estén vivos sus *beneficiarios*. Amorim lo dirá con toda la letra, mientras, a la par, lamenta el declinar de la ciudad del Plata ya perceptible... Aunque, las hilachas, como dijimos, estén todavía y se enreden en algunas carcajadas...

Aún el clima de algunos gozos impide ver del todo, especialmente allá lejos, lo que habrá de imponerse dentro de poco: Mariátegui, enfermo en Lima, intenta radicarse en *la ciudad magna* y dar nuevo impulso a su labor; Campio Carpio llega de España, huyendo de la dictadura de Primo de Rivera, mientras José Bergamín alista sus maletas. Para García Lorca, alcanzar la capital argentina tras el impacto de Margarita Xirgu, constituye durante mucho tiempo aspiración muy honda.

Por lo tanto, el humor del Veinte muestra todavía algo de empaque ante las realizaciones de un escenario hasta ayer inexistente, así Keysserling, extraordinariamente bien recibido, haya incluido a Buenos Aires en su *Tercer Día de la Creación*, vale decir, en esa parte del mundo donde el hombre continúa sin aparecer. Comprensible, por ende, que Borges, cabeza del *martinfierrismo*, fastidie a Aleixandre con su desdén sarmientino por la Literatura Española, del que se salvan –nos comenta José Luis Cano- tan sólo Cervantes y Cansinos Assens .

El escritor argentino “refleja –prosigue Cano- a un país joven, “archiculto” cuyas *féminas intelectualizadas*, según el modelo de Victoria Ocampo, bordean lo *snob*<sup>12</sup>”. La de Borges, claro está, había sido una chuscada, habitual entre sus contemporáneos, de parte de quien conocía tanto y tan bien a los españoles del Siglo de Oro, y no necesitamos mucho para extraerle el carozo a la broma. Mas, en el Río de la Plata pervive, por los días en que estamos, bastante del orgullo por lo que estas playas lejanas habían hecho, y en tan escaso tiempo.

*La mascarada de Macedonio, Borges, Gironde, asevera por eso Miños, es particular y refleja las singularidades de su tiempo*<sup>13</sup>. Un cuento de Conrado Nalé Roxlo, “En la

<sup>12</sup> .- José Luis Cano: “Los Cuadernos de Velintonia”, página 208, *Seix Barral*, Barcelona, 1986.

<sup>13</sup> .- Vide *Testigo*, Opus. Cit.

*Solitaria Llanura de Nieve*”, parece haber sido escrito con la intención de poner en relieve sus aspectos distintivos. En el cuento, el sargento Olton Gim busca a un asesino, Cherry Brandy, por un valle nevado y le halla, por casualidad, aprisionado por un oso, cuya ferocidad le ha arrebatado ya botas y sombrero. Olton Gim se detiene, entonces, a meditar acerca de si las balas de que le proveyó la Ley están en sus manos para combatir al crimen o para cazar osos. Vacila, pues, sin encontrar respuestas a su incertidumbre, y entretanto el asesino se come a la fiera amenazándola, a su vez, con un arma que, sin duda, no ofrecía las zonas grises de la legal. Finalmente, el perseguido Cherry Brandy es designado por el perseguidor, Olton Gim, Sargento de la Real Policía Montada del Canadá.

“Mascarada jovial...”, cabría reiterar acerca del talante de que Miños nos habla, aunque lejos de la angustiada exasperación del *syringuero*. La misma jovialidad con la que uno de los ilustres descendientes del *martinfierrismo*, Enrique Wernicke, dibuja sus personajes, sin miedo a las furias del “realismo socialista” de Julio Notta, quien, a pesar de todo, tendrá que reconocer la fuerza poética de los cuentos de “El Señor Cisne”.<sup>14</sup>

Al fin y a la postre, la expresión de Sánchez Riva con la que iniciamos este párrafo, corresponde a la presentación por Wernicke de otro de sus libros: “Los que se van”, cuyos marginales carecen de aquella faz patética que ha arraigado con cierto realismo, más próximo al Barletta de “Royal Circo” que a Castelnuovo y sus “larvas”.

Sin embargo, esta mascarada sufre en su intimidad los efectos del prejuicio en días en que los dicterios de Schopenhauer se mantienen vigorosos. Con frecuencia se entendía entonces, atributo exclusivamente masculino a la inteligencia; por lo que no nos sorprende la aspereza de Cano con las “féminas intelectualizadas” del remoto país del Plata. Para el propio Proudhon, tan socialista él, la mujer había sido una especie intermedia entre la animal y la humana; Juan Finot, tras las huellas de Lombroso, aseguraba que el erotismo femenino conduce a activar los impulsos criminales. De modo que la llamada “femme amoureuse”, esa infeliz criatura que el nuevo siglo iba a poner en planos diferentes, carga también de drama a una intelectualidad cuya formación europea, repitámoslo, enreda sus vínculos con el mundo.

Esto aclara tanto el trato angustioso del sexo opuesto en Borges y Arlt, como el ascetismo de Pisarello o la delirante sensualidad de Dalurzo; el sarcasmo ausente de Storni, el suicidio de la Pizarnik o el enjuto perfil de Levinson, nos lo muestran desde la vereda de enfrente. ¿No ayuda a explicar también esa risa aislada, con algo de alegría y un mucho de soledad con que el *martinfierrista* trata de salirse de los tiempos de oro, en tanto la aparatosa *Aleandría* del Cono Sur descubre ya sus estigmas de origen?

Camozzi Barrios, en excelente estudio dedicado a la obra de Marechal, llama, no obstante, “humor angélico” a la “mascarada jovial” que brota del “Adán

<sup>14</sup> .-Julio Notta: “El señor Cisne, de Enrique Wernicke”, *Orientación*, 12-11-1947, Buenos Aires. Y Wernicke, en su respuesta de siete días más tarde – *Orientación*, 19-11-47- ponía de relieve algo que sigue teniendo valor de aquellos enfrentamientos: “Solamente la realidad, la observación aguda de la realidad, sumada a un análisis científico y metódico, puede brindar (al escritor, AZB) las posibilidades de cumplir una obra artística...”

Buenosayres”<sup>15</sup>. Ahora bien, el de Marechal es ya contrafuego, pues la risa había empezado a congelarse en los rostros de la Generación del 24, cuya etapa de esplendor se esfumaba rápidamente.

Como Marechal, Borges rescata, si se quiere, aquella jovialidad original, cuando comenta con Alifano las travesuras de sus protagonistas y el enfrentamiento entre grupos *martinfierristas*, con marcada solfa. Así, al evocar los tiempos previos al desgarramiento político de entreguerras, puntualiza otro aspecto de la jugada: el que permite una ciudad cuyas calles atraen con notoria fuerza magnética.

Por lo tanto, correspondía que el “espejo de América” abriera espacio en ellas a las “escuelas literarias”; y de Roberto Mariani vino la ocurrencia –prosigue Borges- de dividir a los escritores por el emplazamiento de sus editoriales.

Surgen de allí, Boedo y Florida, la escuela del realismo y los trabajadores, por un lado; la del culteranismo y el arte por el arte, por el otro; las escuelas opuestas de la fuga y el enfrentamiento, según las visiones de Álvaro Yunque y Miguel D·Abraccio. Y por cierto las de la broma, si nos sujetamos a lo contado por el narrador de *El Aleph*, cuya complicidad en el fondo hace de ambas *escuelas*, una sola: *Floredo*.

“Yo quise incluirme en Boedo –sonríe y se interna cada vez más en la bruma sonriente de su tiempo- porque no conocía la calle, y sí, en cambio, conocía bien Florida<sup>16</sup>”, aludiendo, naturalmente, a las tertulias del Richmond, donde, Güiraldes a la cabeza, debate sus inquietudes artísticas un núcleo muy calificado de intelectuales. ¿No estaban separados entonces los contrincantes del Veinte como parecen indicar las risas de Borges y Marechal?

Si pensamos que la colección de cuentos policiales que el primero funda en *Emecé*, comienza con una novela poco recordada de Enrique Amorim cuyo título, “El Asesino Desvelado”, nos arrastra hacia el borgiano *Isidro Parodi* y sus investigaciones desde la cárcel, la acrimonia con que el uruguayo recuerda la “interna” generacional nos sabe a exageración.

Mientras tanto, ciertas afirmaciones de Agosti, uno de los mayores estudiosos de la obra de Amorim, rebotan sobre la aspereza con que éste expide sus juicios: “¿Dices que es cosa muerta y pasada lo de Boedo? En qué error estás...” Y prosigue: “ Observa: casi todas las respuestas de *Clarín* –se trata de una encuesta de este diario que contiene tanto su respuesta como la de Agosti, AZB- son de Florida, es decir, del privilegio. De ellos (de los de Florida) eran los grandes diarios...” E insiste: “*Martín Fierro* costaba plata. Nos aplastaban a epitafios... Ellos, en Florida, escribían bien. Se mofaban de (Roberto) Mariani italianizante. Y (Roberto) Arlt les ensuciaba. Enrique G. Tuñón con “Camas desde un Peso” les repugnaba. Eran preciosos, putos, refinados, proustianos

<sup>15</sup> .- Rolando Camozzi Barrios: “Leopoldo Marechal, o el Humor Angélico”, *Eudene*, Corrientes, 1995.

<sup>16</sup>.- Roberto Alifano: “Últimas conversaciones con Borges, pgs. 31 a 37, *Torres Agüero*, Buenos Aires, 1994

y cultivadores del ano (Pedro Herreros, acota Agosti, a quien pertenecen los paréntesis intercalados<sup>17</sup>.

Larra, Barleta, Yunque, Córdova Iturburu, D-Abraccio y otros han puntualizado las diferencias tajantes en el *martinfierrismo*, cuyos protagonistas –acota, en cambio, Carlos Giordano, un conocido especialista en el tema<sup>18</sup>- se peleaban en la prensa, pero aparecían siempre juntos en los banquetes. Quizás ellas mismas, tomadas, en alguna medida, de polémicas francesas de hacía un siglo, constituían en sí aspectos de la farsa de origen. Pero Osvaldo Sabino, al estudiar la obra de Luisa Levinson, consigna medio siglo más tarde, que “la tendencia a dividirse en tios y troyanos caracteriza a la vida literaria de Buenos Aires desde, por lo menos, la era yrigoyenista...”<sup>19</sup>,

He ahí por qué, pues, las preguntas permanecen sin responder: Boedo y Florida, cuyas particularidades se muestran, a menudo, incompatibles, ¿representan, en verdad, una fractura en el campo literario de la Argentina? Si ésta no existió, como lo piensa Borges, del mismo modo que no tenía duendes la Alhambra del aparejador Pedro Machuca, habría empero apariciones del mundo real urgidas de explicación, si no más honda, por lo menos, distinta. A raíz de ello, acaso valgan tanto la broma de *Floredo* como la fractura a cuyo trasluz se divisa también que los días de la chanza morían.

¿Es que los duendes rondan, como en las andanzas nocturnas del aparejador, por rincones escondidos de la vetusta recámara?

Las disonancias intestinas del *martinfierrismo* establecen, por ejemplo, que Dikman y Borges, Macedonio Fernández y José Portogalo, pertenecen a órbitas opuestas; porque, estéticamente, Boedo nos dejó grandes narradores mientras los poetas mayores de la generación estaban en Florida. Pero... a Florida perteneció Borges, cuya prosa marca con huella indeleble la narrativa en español de, por lo menos, el medio siglo siguiente. ¿Eran tan culteranos los de Florida, tan elitistas e indiferentes a la causa popular como aseguran sus detractores del otro bando? ¿Estaban los boedistas tan lejos de quienes combaten con saña sus proclamas y defensas del “arte social”?

Cabría pensar que en los primeros años, las discrepancias no iban más allá de la disputa estética, mientras el aire de broma envolvía a todos y “la imaginación disciplinada” de la prosa borgiana insinuaba recién su fecunda huella. Pero la época inscribe a no pocos en ondas que prolongan, quizás más allá de lo debido, la senda

---

<sup>17</sup>.- Héctor P. Agosti: “Los Infortunios de la Realidad” (En torno a la correspondencia con Enrique Amorim), *sin pie de editor*, Buenos Aires, 1995. Los subrayados son nuestros. Pero Agosti conocía tanto de Boedo como Amorim; nuestro libro: *Las Prisiones de Héctor P. Agosti* les está dedicado, justamente, a Carlos, hermano del filósofo, y Celia Dujovne, su cuñada, quienes nos hablaron del viejo Boedo, sus tradiciones y su antiguo perfil de barrio de obreros altamente conscientes, donde la familia había vivido por años.

<sup>18</sup>.- Autor del Cuadernillo sobre Boedo y Florida para la Colección Capítulo del *Centro Editor de América Latina*. Buenos Aires, 1970-1976.

<sup>19</sup>.- Osvaldo Sabino: “Revolución y Redención en <La Isla de los Organilleros de Luisa Mercedes Levinson>”, *Corregidor*, Buenos Aires, 1993.

despejada por Zola cuyo fallecimiento había consternado, en 1903, a una parte estimable de la intelectualidad. Además, Guyau, Lombroso y Nicéforo habían arrastrado con su influencia ecos del sociologismo sobre que erguía su edificio la Escuela de Medan. Realistas y naturalistas por el estilo de Garin, Tolstoi y Bunin, a quien visita Ponce, afín al *boedismo*, en su arisco retiro de Grasse<sup>20</sup>, son todavía lectura corriente entre los narradores del Plata.

Por eso, la excursión en busca del novelista ruso, nos vuelve al humor tan típico de la era estudiada y el grado en que, pese a las diferencias en algunos campos, constituye patrimonio común de los *martinferristas*, sean de la escuela que fuese. “Estábamos – cuenta Ponce- reunidos en *Le Dôme*, cuando Amorim trajo la noticia de que Bunin, cuyos libros habían llegado a Buenos Aires allá por 1898, seguía vivo en una villa llamada Belvédère, en las afueras de Grasse.

El Vizconde Lazcano Tegui responde a Amorim mismo que es difícil creer que un autor famoso en fecha tan lejana continuara gozando de la dicha de mirar el sol.” La investigación que Ponce promueve, vía *Le Renaissance*, da sus frutos y se comprueba que “el problemático cadáver”, remata el estilista de *El Viento en el Mundo*, no había sido tal, añadiendo entre sonrisas: “ la posibilidad de que viviera y se entremezclara a las preocupaciones del momento, era para todos, más que una sorpresa, casi una decepción...”

Tras los hallazgos de *Le Renaissance*, consigue Amorim que la visita a Bunin se programe, saliendo la comitiva al camino. En mitad de la ruta, un *alter ego* de Ponce, el inasible Hugo Cáceres, extrae del bolsillo un mazo de naipes, y propone una partida bastante diferente. Ponce, apenas a cuatrocientos metros de donde Cáceres se había detenido –cuesta arriba, porque Bunin vivía en la cima de un risco-, junto a Pirán – ¿otro *alter ego*?- y Amorim, empieza a pensar si no constituía un acierto escurrirle el bulto a la trepada... La visita, en fin, concluye con una fría recepción por parte del novelista, a quien la Revolución había arrojado lejos...del sillón académico.

Pero si el humor que baña la escena –lo de Vizconde Lazcano Tegui era también humorada- describe un *etos* compartido, las discrepancias del campo estético resultan también innegables.

El narrador *boedista* tendía, a lo Zola, a ver el hombre nuestro de cada día con los ojos del hombre de hoy, y esto suponía un acierto, aunque fuese parcial: si el hombre actual es diferente del de ayer, la muestra que de él tomemos tendrá que ser por fuerza diversa de la de los antepasados.

*Sin embargo, esta noción arrastraba sus riesgos: en el siglo XIX la ciencia había avanzado a los saltos, modificando la vida en ciudades y campos. ¿No trasluce esto aquella particularidad de quienes siguen a Zola, de adoptar “la mirada impertérrita del científico en el laboratorio” cuando trata de enfocar a los hombres? La vida se había vuelto, por lo tanto, para decirlo a la manera de Claude Bernard, que Tadié*

<sup>20</sup> Aníbal Ponce: “Apuntes de Viaje”, *Ediciones el Viento en el Mundo*, Buenos Aires, 1970.

recuerda: “l-etude de l-homme natural, sommes aux lois phsico-chimiques et déterminés par les influences du milieu <sup>21</sup>”. Lo que equivale a decir que la vida de los seres concretos se ha vuelto estudio de laboratorio, y en Iberoamérica, en manos de Eustacio Rivera, Agustín Yáñez u Horacio Quiroga, imagen abstracta que se bate desesperadamente contra un intransitable bosque convertido en ambiente típico: sus diversidades no son ya las de una individualidad trabada en su intimidad por determinado contexto, sino los lazos que aherrojan a cierto ambiente particular.

En esa deriva, las criaturas de Boedo se volverán marginales y víctimas de un destino aciago, al reflejar, a la larga, un mundo invariable, estático, sin movimiento...

Más que exponentes dinámicos de una realidad en cuyo interior la criatura, agonista al fin, se transforma a si misma junto al mundo que transforma, representan constantemente algo que está detrás. Manuel Rojas, correspondiente chileno del *boedismo* y extrañamente parecido a Arlt, nos proveerá la mejor definición de tales protagonistas en su novela *Sombras contra el Muro*.

*He ahí, pues, otro motivo de reyerta entre ambos grupos. Para Agosti, el realismo detrás del cual Boedo se atrinchera, aparece como copia o análisis con presunciones científicas, cuando urge definir a la obra de otro modo... “Como compleja labor en la que el creador de realidades... (es) también creador de la realidad...” Y en ese mundo real del que es cómplice y hacedor a la vez, se vuelve contemplación de sí misma la acción de una subjetividad imposible, por lo tanto, de minimizar, so pena de aprisionar al artista “dentro de secos moldes de asfixia”<sup>22</sup>*

Pues bien...al revés de la posición *boedista* en tiempos de “tirios y troyanos”, Agosti llama a enriquecer el realismo con los aportes surrealistas que ya han empezado a moverse por la literatura del Nuevo Mundo.

¿No está, de esa suerte un filósofo tan cercano a Ponce y a más de uno de los integrantes de Boedo, no precisamente cerca de Amorim, sino del boom novelístico, cuyo punto de partida halla Carlos Fuentes en la estricta prosa de Borges, deshumanizada para muchos, inclusive para algunos *martinfierristas*?

En resumen, ¿no había una diferenciación en el seno de las *escuelas* de Boedo y Florida que no siempre se estudia en su cabal complejidad? Al fin y al cabo, toda labor literaria tiene la obligación de mostrar la realidad en su torno, mas ella difiere en uno u otro debido a la óptica del observador, importando siempre, por ello, “la realidad que veo”, como lo piensa Borges y cuya carnadura es más rica que cuanto las aspiraciones científicistas logran apreciar en sus días de esplendor. Lo percibió, paradójicamente, el propio Zola, pero su sabiduría falló en tal instancia, dejando sin aprovechar las amplias posibilidades detectadas por su perspicacia.<sup>23</sup>

<sup>21</sup>.- Jean Ives Tadié: “Introduction a la Vie Literaire du XIX Siecle”, opus. cit.

<sup>22</sup>.- Héctor P. Agosti: “Defensa del Realismo”, *Platina*, Buenos Aires, 1954..

<sup>23</sup>.- Emilio Zola: “La Escuela Naturalista”, página 109. Sin noticia de traductor; revisado, anotado y prologado por Álvaro Yunque. *Futuro*, Buenos Aires, 1945.

### III

*Algunas de las diferencias perceptibles en la Generación del 24, afloran, desde ya, si continuamos su rastreo.*

*Hacia 1871, José Hernández, político y poeta, valiéndose del lenguaje gauchesco decide cantar –como él dice- “lo que naidés cantó”: la explotación del hombre de la pampa por un orden social y político en cuyo apoyo se restablecían las relaciones semi-feudales que la organización del país había pretendido remover. Naturalmente, en el lenguaje inculto –la incultura es, generalmente, mora de las formas de desarrollo lingüístico- no sólo se contaban males, sino que se describían ciertas costumbres.*

El mismo Hernández había luchado en otros campos por modificarlas, compartiendo con los románticos sus objetivos políticos. Según una de esas leyendas tan propias de los correntinos, en una casa esquinera –transformada hoy en Centro Cultural<sup>24</sup>- del casco histórico, se habrían encontrado el autor del *Martín Fierro* y Alejandro Dumas, cuya participación en las luchas del Plata reflejan las crónicas de *La Nueva Troya*.

Pero la repercusión del largo poema hernandiano no encaja en la mentalidad colectiva de la época; habla como “los gauchos” y eso, en quienes bregan por “civilizarnos a la inglesa”, constituye motivo de desdén. Spenceriana a muerte, la política sarmientina en vigor no quería que los gauchos cantaran a lo judío-hispánico –origen, como se sabe, de la famosa payada-sino que finasen.<sup>25</sup>

*Así, las virtudes del gran poema cíclico –el único en la lengua castellana del siglo XIX- cuyos veneros residían en el habla traída a la pampa por los conquistadores y la familiaridad con, sobre todo, la literatura del siglo de Oro, tendrán que ser descubiertos bastante después y ¡...en España! Unamuno, primero; Lugones, enormemente clásico, más tarde, detectan el valor del poema; para Lugones, equivale a los mitos profundos e historiables de la mitología griega en otro tiempo y lugar, en una suerte de viquianismo aprendido con la resurrección humanista. Y la obra que los remilgos rioplatenses proscriben por popular, adquiere, de pronto, nuevo perfil en el ámbito hispano-parlante de comienzos del siglo Veinte.*

---

<sup>24</sup> .- Verdad o mentira la anécdota, sabido es que Dumas escribió su libro en homenaje a Montevideo, acosada por el rosismo y Corrientes era su aliada principal. El nombre del Centro Cultural –El Mariscal- importa también un tácito homenaje a Francisco Solano López, cuyo mariscalato es el único que registra la historia de esos años y cuyo rango fue de Coronel en el Ejército correntino. Al Mariscalato ascendió, naturalmente, después de su participación en el segundo ejército comandado por Paz.

<sup>25</sup> .- Según Alcides D’Orbigny, en una ciudad –la antigua Ciudad de Vera- en cuyos templos los parroquianos se sentaban sobre almohadones –como en sinagogas o templos musulmanes-, cada quien salía a la mañana de visita y se detenía en la casa vecina o de amigos. Una vez allí, comenzaba a tomar mate y a pagar, con la guitarra que el dueño de casa le extendía, junto con el mate. Vide: “Un vistazo a Corrientes y su Gente”, *Amerindia*, Corrientes, 2006.

La Generación del 24, posterior a los descubrimientos de Unamuno y Lugones, ubica, por lo tanto, al *Martín Fierro* en el lugar de relieve que hubiese merecido desde el comienzo. Borges, Yunque, Villanueva, Astrada escriben sobre este libro y sobre su simbolismo respecto de un país cuya ficción era ya un hecho en los días de elaboración.

Para Borges, el “gaucho alzado” del poema hernandiano desnuda “el culto del coraje”, en cuyas entrañas germina, según parece, a mediados del siglo XIX, la Argentina que conocemos. Y a sus virtudes –la guapeza, el cuchillo ligero, la altivez ante la ley- no las había borrado el vapor del progreso, sino que permanecían transmutadas en el malevaje suburbano. De ahí el asesino solapado de *Hombre de la Esquina Rosada*” y la fascinación por aquel Sur porteño misterioso hacia donde viajan “los condenados a muerte”<sup>26</sup>.

Según Luis Emilio Soto, Borges habría tenido con la ciudad de Buenos Aires un tipo de diálogo enrarecido pronto por los cambios de la vida argentina: junto a Enrique González Tuñón, había recorrido de joven el “piringundín” de las afueras, los malezales del Maldonado, el reñidero de los guapos... Mas, un día, su “eterna” Capital del Sur alteró de golpe la fisonomía urbana, mientras segaban por entubamiento “un río –el Maldonado- que debió de haber sido – y esto reconcome a Agosti- lo que el Sena en París, o el Támesis en Londres”<sup>27</sup>.

Al mismo tiempo, al tango del burdel sucede –lo corroborará J. Sebastián Tallon- el de “las Hermanas”, cuyos efluvios airea el conventillo. González Tuñón, en memoria de tales transmutaciones, nos lega *Camas desde un Peso*, y su afiebrado deambular por los bajos fondos; Borges, el *Omero Stancato*<sup>28</sup>.

¿Cómo aparece, en tanto, ante los *martinfierristas* de Boedo, aquel célebre poema del siglo XIX?

Es visible, por cierto, que la primera revista generacional lleva su nombre y de ahí el calificativo que abarca a todo el movimiento, pero aquí, en este punto del dial, hay también diferencias.

Pues... el ala *boedista* observa a Hernández de un modo muy particular. Alvaro Yunque, por ejemplo, uno de sus teóricos, ve al poeta máximo del período gauchesco, como exponente argentino de la “literatura social”, introduciendo en el debate una temática sumamente riesgosa. De ahí provendrá, en parte, la división de los *martinfierristas* en

---

<sup>26</sup> .- Citado por nosotros en: “Tres Aproximaciones a Gerardo Pisarello”, *Cuarto Centenario*, Corrientes, 1988.

<sup>27</sup> .- Paradójicamente, el sueño de la ciudad cortada en dos por un río, que Agosti quería para Buenos Aires mediante el Maldonado, empieza a concretarse en lo que Folguera habría de llamar “la Budapest” argentina: el conglomerado Corrientes-Resistencia, con su millón y algo de habitantes, se ubica sobre ambas costas del Paraná, recuperando, sin saberlo acaso, su unidad de origen: la de principios del siglo XIX, cuando los correntinos comenzaron a poblar los alrededores del Río Negro, en busca de madera para sus barcos.

<sup>28</sup> .- Nota de Alicia Barrios en “*L’Europeo*”, citada por nosotros en “En Torno al Nuevo Renacimiento”, *El Mariscal*, Corrientes, 1998.

“tirios y troyanos” tanto como la entronización de una desacertada identidad entre realismo y política.

Como reflejaba viejas discusiones del panorama literario francés –estamos en una época en que Francia seguía siendo el intelecto del mundo-, apelar a tales antecedentes habrá de permitirnos comprender mejor lo ocurrido en el Plata. Pues, en el escritor que se erige, ya desde Flaubert, en “investigador literario”, predomina “una visión de conjunto”, y Flaubert es una de las figuras tutelares de América. Sainte Beuve, por su parte, había escrito acerca del novelista de Madame Bovary: “hijo y padre de médicos distinguidos, M. Gustave Flaubert toma la pluma como el escalpelo”. Cada uno escoge – subraya también Renan- la porción de humanidad que le toca, sin tener en cuenta, en ningún caso, aquello que los antiguos llamaban “divino”. No existe ya la “individualidad del talento” –y volvemos al punto a Sainte Beuve- una vez transformado el hombre en mero “reflejo de las circunstancias”<sup>29</sup>.

Cuando Roa Bastos, narrador ligado a epígonos de Boedo, reitera la prioridad de “lo social” sobre el individuo, escuchamos, pues, un viejo repique. “Lo Social”, en resumen, se desprende del análisis del hombre en las esferas no deformadas “por una individualidad” distinta de la sociedad en su forma concreta, es decir, la que el Renacimiento había puesto en evolución. “Lo Social”, por eso, concluye no sólo en objeto a investigar, sino en antípoda de aquella “planta exacerbada –hubiese dicho Pierre Benoit- que se desarrolla monstruosamente en la soledad”.

El proletariado, finalmente, no estará poblado por “individuos”, sino que ha de consistir en base de un problema, cuya solución intenta Vaz Ferreira en la vereda contraria a Boedo, defendiendo *los fundamentos naturales* de “todo orden social”

¿No tiene que ver tal concepción con aquellos obreros de extrema pobreza, deformes y arquetípicos de la desgracia y el convencionalismo, cuyos cuerpos ostentan los estigmas –como el Job bíblico- de la vida desdichada?

¿Y no reside en este punto otra de las diferenciaciones notorias en el movimiento común del *martinfierrismo*?

Para Castelnuovo, Castro, Arlt o Echegaray los personajes, con frecuencia, “representan” una objetividad exterior, y “pinchados” sobre el panel, permiten su estudio. Naturalmente, no será éste el destino de todos y de “las ideas sociales”, si pensamos en el *boedismo* evidente de Pisarello, cuyas criaturas intentan con frecuencia nuevas perspectivas.

Tampoco se presenta en todas partes esta limitación tan cara al *boedismo* en sentido estricto. Gómez de la Serna, por ejemplo, extrae, sin duda, a la narrativa “social” de un esquema positivista, con algo de comtismo. Así, es hoy social, como ayer fue o

---

<sup>29</sup>.- Jean Ives Tadié, opus. cit, página 226.

religiosa o filosófica <sup>30</sup>, embarazo que todavía molesta al *cuántico* de nuestros días. Pero “lo social” español difiere grandemente del de la Argentina: los personajes de Fernández Santos, Ignacio Aldecoa o Martín Gaité ostentan, y De la Serna nos lo corrobora, una verosimilitud inhallable en el *boedismo* de tradición rioplatense.

El peso de una vieja vertiente realista ha pesado allí, obviamente, y ya Blasco Ibáñez había dibujado con naturalidad sus perfiles entre las *tendencias* de la realidad bastante antes de que Zsdanov elabore su teoría literaria. En tanto, los *boedistas*, Amorim parcialmente, dada su vinculación con tiempos signados por la Revolución Rusa, se adaptarán en buena medida a la *teoría* del crítico ruso: toda obra *exige* una salida, pues el hombre, ubicado ante una emergencia clave en el mundo, ha de descubrir, necesariamente, la conciencia de ese mundo y de su inevitable transformación. Tal el núcleo consecuentemente *político* de toda obra, de cuya exactitud en el trato provino la *superioridad de la literatura soviética*, y el tipo de evaluación crítica de toda una época.

Por supuesto, la línea de Blasco Ibáñez en nada se parece a aquella narrativa pretendidamente superior por su *lucidez* ideológica. El novelista valenciano había advertido que nuevas ideas se adentraban en la conciencia de las gentes y que ellas, tarde o temprano, habrían de incidir sobre la conducta.<sup>31</sup> Pues, en esos instantes la urgencia por alcanzar formas nuevas de convivencia y vida empieza a gravitar sobre quienes, todavía en nuestros días, tratan de hallar la ruta de superación del capitalismo. Pero, en la época de Blasco Ibáñez, el asunto parecía mucho más sencillo que ha resultado en la práctica.

Mientras tanto, para relatos cuyas criaturas atormenta la marginación social, el esquema del “realismo socialista” se avenía muy a propósito. Fina Warshaver aprovecha, como pocos, la instancia, cuando aparecen, de pronto, variantes insospechadas –Macedonio Fernández, verbigracia, sin parentesco con Boedo, se vuelve partidario de una novela “sin personajes”- o tragedias carentes, a la larga, de sentido social preciso, como en Roberto Arlt. Por eso mismo, acaso, la paradoja y una narrativa cuyo autor ha reconocido falta de vida y basada en el policial, el juego intelectual y el arabesco, irán a convertirse en la plataforma de lanzamiento del “boom” novelístico de América Latina. Mientras tanto, nuevos elementos irrumpen entre las rencillas de *floridistas* y *boedistas*, cuando Barletta ve, dos décadas más tarde, a Boedo imponerse sobre sus adversarios, cuyos efectivos, según él, cambiaban por eso constantemente de bando.

*Las entrañas de la Generación del 24, en conmoción, son sacudidas por la erizada lucha de clases de la entreguerras. Así que la persecución filo-fascista del victorioso nacionalismo, la guerra civil española, el encapotamiento de un ciclo cuyos nubarrones arrastran, inexorablemente, una nueva conflagración, desintegran el clima festivo de los primeros años. ¿Cómo reír si Kostia Riamtsev, obrero con ciudadanía, es apresado y deportado por leer a Rosa Luxemburgo en un bar del Centro? ¿Qué juego con*

<sup>30</sup>.- Gaspar Gómez de la Serna: “Ensayos sobre Literatura Social”, páginas 15 á 59, *Guadarrama*, Madrid, 1971.

<sup>31</sup>.- No es la única muestra de perspicacia de Blasco, y el episodio que ya mencionamos de su enfrentamiento con Mella en Cuba, en 1923, lo puso de relieve. Pero su visión realista despunta claramente en *La Araña Negra* ó *La Catedral*.

*personajes reales y ficticios cabe cuando un psicólogo eminente como Aníbal Ponce, pierde la cátedra ... por falta de título habilitante?*<sup>32</sup> *Ya lo sabemos: los zascandiles de parroquia salen de la oscuridad y se posesionan para siempre de la Atenas del Plata.*

De modo que la tentativa marechaliana de restaurar la chanza en el *Adán Buenosayres*, estará condenada al fracaso. Entretanto, si “el maestro Agosti” había ido a la cárcel acusado de “faltarle el respeto al Presidente”, es que las cosas olían muy mal en el interior de un orden cuyo análisis tampoco había prosperado en demasía: la Argentina habría de pagar muy cara la locura sarmientina de “cambiar la raza”, es decir, limpiar el territorio de nativos, para que lo repueblen europeos... aunque entre las víctimas del “progreso” sarmiento y el advenedizo no habría diferencias demasiado visibles. Pero el resultado es una feroz atrofia de la memoria. Y si con retraso de cuatro siglos, un periodista vuelto “historiador”, “descubre” que Buenos Aires fue fundada por paraguayos y halla entre papeles viejos un misterioso escudo –un águila que despliega sus alas sobre las torres- toscamente dibujado en el siglo XVII, los comentarios huelgan. Habría que informarle que se trata del blasón de Juan Torres de Vera y Aragón y que, legado por el Adelantado a “su” ciudad en el Plata, bastaba con viajar al Municipio correntino para verlo mejor y en pleno ejercicio. No por casualidad los estepeños – Torres de Vera nació y se “acristianó” en la ciudad de Estepa, a poca distancia de Sevilla- consideran a la Ciudad de Vera de las Siete Corrientes una especie de hermana mayor, aunque haya nacido bastante después. En última instancia, una simple carta de Lanatta a la ciudad turdetana más famosa de Andalucía, hubiese servido considerablemente en sus investigaciones.

*Mas, la política de depuración racial en el Plata, aplicada cien años antes que sus “inventores” balcánicos (este mérito de Sarmiento no suele comentarse demasiado en el Nuevo Mundo), generaliza en el lejano país una especie de “Juan sin Tierra”, premonitoriamente mencionado por Rafael Obligado entre los epígonos románticos. Con él la intelectualidad “oficial” se sale de quicio: se presenta a sí misma como perpetuamente emigrada; americana en Europa, europea en América... En resumen, ciudadana siempre de ninguna parte... Lo que engendra esa angustia bajo cuyo peso camina durante buena parte del siglo XX, sin respuesta fehaciente ni en debates ni en simposios sobre “una identidad nacional” cuyo parentesco con España, para un Agosti que pierde pie en ese punto, se reduce apenas al “idioma común”.*

¿Hay que añadir que el extrañamiento progresivo golpea también fuertemente sobre las diferenciaciones del *martinferrismo*?

<sup>32</sup> .- Seis décadas más tarde, la vida habría de emparentar mi nombre al del pensador ilustre, en circunstancias más o menos similares. En un Colegio de la Chacarita, cuyos alumnos abandonan, en su totalidad, la clase, para ganar la calle y escribir en muros y calzadas: “...Zamudio no se va...”, la cátedra de Letras me fue negada por tener tan sólo el “supletorio”. ¡Ah, mis inolvidables discípulos de la Escuela de Música **Juan P. Esnaola**, que llegaron a pegar mi retrato, hecho por ellos mismos, en algunas paredes! Importaba poco la trayectoria, los libros publicados y el que yo hubiese dictado conferencias en distintos lugares del mundo. En esos días, a la par, se publicaba en Valencia mi inclusión en el panel sobre Darío, el Modernismo y los cien años de “Los Raros”, a cuya conmemoración se vinculan los ensayos aquí publicados.

Y aunque algunos acontecimientos, como la Guerra Civil española, unan a sus integrantes en la común lucha antifascista, hacia el medio siglo provocan un notorio acto de dispersión. Los unos, permanecen *boedistas*, por decirlo de algún modo, enrolados en las filas avanzadas de la vida política; los otros, junto a la meritoria atención a lo que literariamente ocurre en el mundo, serán invadidos por la soledad.

*Naturalmente, del viejo humor legado por el Ochenta, quedan solamente los ecos... De allí el zafarrancho de combate que aguija a Borges y sus declaraciones tanto en España como en América; de allí, la inutilidad del esfuerzo de Marechal, cuando las circunstancias políticas agudizan la crisis del ordenamiento social que ha llegado a nosotros.*

Porque la nación dependiente sufre alteraciones cuyos rasgos hemos tratado de dibujar, someramente, en nuestro estudio. Otros trabajos nuestros le han dedicado mayor espacio; aquí, sólo queremos apuntar la gravitación que sobre la inteligencia ejercerá una plaza bullente en vítores a personajes extraídos del nacionalismo, renacido sobre líneas distintas del que tuvo el siglo XIX. Por cierto, Getulio Vargas, Anastasio Somoza, Pérez Giménez, en distintos lugares de Latinoamérica, representan lo que Perón en la Argentina, cuya amistad con la Falange destaca hoy el pueblo español ... por su mérito de romper con el bloqueo *democrático*. Mas todos ellos acusan el impacto de una etapa de “modernización”, con industrialización parcial, avance tecnológico y cierta conjuración de la lucha de clases, a costa de un desarrollo proclive en nuevas y múltiples degradaciones.

Al calor de tales variantes, el enfrentamiento de “tirios y troyanos” que remarca Sabino en este capítulo de la vida argentina, pierde cada vez más los sentidos iniciales del *martinferrismo*. Por su parte, muy pronto, la antigua ciudad luz del Cono Sur de América, se hallará convertida en el patíbulo del continente, con técnicos en tortura y crímenes que en nada envidien a los célebres SS alemanes.

El mismo Borges, símbolo de la chuscada *martinferrista*, advierte el error de aquella bonhomía malgastada al borde de un volcán, y trata de disculparse, él personalmente, con la falta de luz de sus ojos. Los caminos, empero, están ya sellados. El poeta de *Fervor de Buenos Aires* regresa a Ginebra para morir mientras se hunden la jocundia, el desenfado, la desfachatez... y de la alegría del 24 queda sólo el recuerdo; de la Argentina asombrosa del Siglo, tan sólo el discurso y la evocación durante las efemérides...